



Héctor Tajonar

La imbatible corrupción

Sería bueno matar al pequeño Salinas de Gortari que todos tenemos dentro.
Leonora Carrington

El combate efectivo contra la corrupción fue uno de los grandes fracasos del foxiato y todo indica que el gobierno de Felipe Calderón seguirá los mismos pasos de su antecesor en esa materia. Grave error: la crisis económica y la inseguridad galopante que abruman al gobierno y oprimen a la sociedad tienen su origen y son propiciadas, precisamente, por la corrupción. Por lo tanto, aquellos males no podrán combatirse con eficacia mientras no haya un ataque frontal, sin concesiones y sin miedos, al cáncer de la corrupción que mina el cuerpo político y social de los estados complacientes.

La corrupción política en México pervive y al parecer perdurará por mucho tiempo, acaso porque pertenece a la estructura genética de los mexicanos o, al menos, de sus políticos. Incluso ha mostrado ser inmune a la democratización del país. Muchos investigadores y ciudadanos pensábamos que la transición del autoritarismo a la democracia se traduciría en un claro descenso de la corrupción, pero deplorablemente no ha ocurrido así. ¿Por qué?

La victoria de Fox en 2000 se explica en parte por el rechazo del electorado a los altos niveles de corrupción —aunada

a la ineficacia, claro— que caracterizaron a los gobiernos del PRI, lo cual parece haber sido olvidado o desdeñado por una mayoría de los votantes el pasado 5 de julio. Sin embargo, Fox no sólo incumplió su promesa de campaña de llevar a la justicia a los “peces gordos” del priismo corrupto, sino que él, su esposa y los hijos de ésta se vieron involucrados en acusaciones de corrupción que siguen dando mucho de qué hablar y, sobre todo, de las que quedan muchos aspectos por investigar. La añeja costumbre priista de *blindar* al antecesor en la Presidencia es otros de los vicios heredados por los panistas.

En contraste con la dudosa conducta personal del ex mandatario, durante su sexenio hubo importantes avances institucionales en materia de combate a la corrupción, como la promulgación de la Ley de Transparencia y la creación del Instituto Federal de Acceso a la Información Pública (IFAI) que por razones políticas no tuvieron las repercusiones concretas que se esperaban, como tampoco las ha habido durante la presente administración.

La debilidad política de los presidentes panistas se ha traducido en complacencia e incluso complicidad con los grandes protagonistas de la corrupción en México: trátense de líderes sindicales, gobernadores y presidentes municipales, funcionarios

federales o locales —de hoy o de ayer—, de los empresarios que fungen como socios y/o prestanombres de aquellos cínicos, o bien del *narcocrimen* infiltrado en los diversos niveles y ámbitos del Estado, así como en la economía legal —no sólo ilícita— del país.

Sobre este asunto de primordial importancia para la salud de la nación, el destacado especialista en el tema, Stephen D. Morris, acaba de publicar un libro titulado *Political Corruption in Mexico. The impact of democratization*, en el que analiza con impecable rigor académico el impacto que ha tenido la democratización del país sobre el fenómeno de la corrupción. Ojalá esta magnífica obra sea traducida pronto al español.

La conclusión del estudio es desoladora: “Mientras México se esfuerza por enfrentar diversos retos para transformarse de un Estado autoritario en uno verdaderamente democrático, la corrupción sigue normando la naturaleza y el curso de la política mexicana.” (p. 239). Ello se debe a que el pluralismo y la fragmentación del poder debilitaron al gobierno federal frente a la estructura corporativa del PRI, los gobiernos estatales y municipales, los sindicatos y los oligopolios. Además, la vulnerabilidad gubernamental ha abierto nuevas oportunidades para la corrupción. “México ha transitado de un Estado relativamente fuerte basado en reglas informales a uno incapaz de im-



poner los intereses nacionales y el Estado de derecho." (p. 232).

Durante el presidencialismo autoritario, la corrupción era el aceite que permitía el funcionamiento del sistema, hoy representa una seria amenaza contra el Estado, pero el gobierno no ha tenido ni la fuerza ni la voluntad para imponer el mandato de la ley.

Es falso que la lucha contra la corrupción tenga que traducirse en suicidio político. Por el contrario, la hipocresía y la pusilanimidad en el combate a la corrupción serán rechazadas

con severidad creciente por el electorado. Un Estado democrático no puede ser guardián de la impunidad. Por ello, el sabio humor surrealista de Leonora Carrington merece ser tomado en serio. ■■

hectortajonar@yahoo.com.mx

La debilidad política de los presidentes panistas se ha traducido en complacencia e incluso

complicidad con los grandes protagonistas de la corrupción en México. Los gobiernos del PAN no han tenido ni la fuerza ni la voluntad para imponer el mandato de la ley

